

*Secuencia de un reconocimiento.
Protagonista: Guillermo Arriaga Jordán*



El rector de la UAEM, José Martínez Vilchis
y Guillermo Arriaga Jordán.



Guillermo Arriaga
(Palma de Oro en Cannes)
*Provocadora pluma
de una devastadora imaginaria*

POR VÍCTOR NAVA MARÍN

TOMANDO EN CUENTA la gran competitividad y las mejores condiciones (entiéndase ventajas) que en otros países —sobre todo del primer mundo— tienen quienes se dedican a la expresión cinematográfica, no ha sido poca ni fácil la hazaña recientemente lograda por el escritor-guionista mexicano Guillermo Arriaga en el pasado Festival de Cannes —para muchos el más importante y prestigiado del mundo—, donde obtuvo nada menos que la Palma de Oro por su guión de *Los tres entierros de Melquiádes Estrada*, cinta que además fue premiada con el galardón a la mejor actuación masculina, para Tommy Lee Jones, coprotagonista y director de la misma.

El hecho ha puesto en alto a los representantes de nuestra cinematografía (sobre todo al guionismo, base de la concepción fílmica) y habrá de tener enorme repercusión en el medio artístico y cultural del país, toda vez que se trata de un codiciado galardón bien ganado por un ejemplar artista, comprometido ante todo con el quehacer literario, con el cine y con la sociedad, como lo prueban sus audaces novelas (*Escuadrón guillotina* y *Búfalo de la noche*), traducidas a varios idiomas, y sus impactantes guiones *Amores perros* y *21 gramos*, que, dirigidos

espléndidamente por Alejandro González Iñárritu, con aguda sensibilidad y osada técnica, revelan —en voz e imagen de los personajes sórdidos y autodestructivos perfectamente delineados por la perspicaz pluma de Arriaga— las vicisitudes más dramáticas y oscuras de la condición humana, sin denunciar causas o efectos, desentrañando más bien los destinos malditos o sublimes de seres dramática o apasionadamente condenados, capaces de trastocar las leyes morales, el orden social, las reglas de la vida, haciendo además hincapié en aquellas relaciones turbias y conflictivas producto de la miseria existencial que se vive como desecho o producto de la cotidiana social urbana, entendida ésta como una condición metafórica de la infelicidad y de la armonía imposible de quienes, con o sin culpas, víctimas o victimarios, estamos condenados a padecer infractora o dolorosamente.

Personajes, en fin, como Octavio y Susana, Daniel y Valeria, "El Chivo" y Maru (de *Amores perros*), o como Paul Rivers y Cristina Peck, Jack Jordan, Cathy y Laura (de *21 gramos*), que, en el imaginario de la pantalla, se cruzan y viven situaciones extremas, sin orden cronológico narrativo y a veces de manera absurda, pero siempre con un cáustico y peculiar sentido del humor, conectándonos, como espectadores, de una manera consciente o subconsciente, con una realidad atroz, demoledora, la cual, por temor o por culpa, por cobardía o por cinismo, por simulación o por vergüenza, no nos atrevemos a aceptar, pese a que está ahí —perturbando la conciencia dormida—, en la inmediatez cotidiana y cómoda de nuestro núcleo familiar, social, laboral...

Aunque la intención de las obras de Guillermo Arriaga no sea social ni moralmente denunciatoria o condenatoria, es tal el desafío y tanta la agitación que éstas provocan en el lector-espectador, que es difícil mantener ante ellas una actitud pasiva o indiferente. El impacto visual o emocional de sus deslumbrantes imágenes, la corrosiva y desenfadada articulación de sus diálogos propician, despierta más bien, una perturbación implicate y autorreflexiva. Así sucede con la multipremiada *Amores perros* y la no menos reconocida *21 gramos*, vertiginosas, sofocantes y, por qué no, divertidas cintas que nos conducen a esos terrenales y revulsivos infiernos, donde los personajes, condenados a un ineluctable destino, se enfrentan a la devastadora ley de la vida, que los envanece y humilla, que los incrimina y exculpa, que los ennoblece y degrada. Ambos filmes forman parte de una trilogía que habrá de concluir con *Babel*, cuyas concepción guionística y realización correrán a cargo de la propia pareja autoral, y estarán cargadas seguramente de sugestivas e inquietantes imágenes que, como las de las anteriores cintas, son el producto y el origen, la razón y sin razón de una sociedad enferma e imperfecta, víctima de sus propios vicios, de sus propias trampas; de una sociedad que, a los ojos de Arriaga, no es más que una asfáltica cloaca a la que van a parar y de donde brotan los productos residuales de la condición humana: víctima infectada de sus propios vicios y trampas; de una sociedad en descomposición donde la imposibilidad del

Foto: José Carlo González.



amor y el desconsuelo permean al individuo y lo nulifican.

Aunque en otro contexto —el de la tragedia que viven los indocumentados que se atreven a cruzar la frontera con Estados Unidos—, *Los tres entierros de Melquiades Estrada* pone en claro la posición artística y social de Guillermo Arriaga, quien, en congruencia con su manera de ser y de pensar (desenfadada, alucinante), aborda cinematográficamente un tema vigente y doloroso que agrede a nuestra gente y ofende nuestra idiosincrasia.

Por ello, y porque la provocativa pluma que le valió merecidamente la Palma de Oro siga sacudiendo, a través de la imaginaria que es capaz de crear, la timorata y cómoda conciencia que (nos) impide conocer, experimentar tal vez, la verdadera realidad, la realidad que no admite ni se rige por límites morales y que no deviene precisamente ni se origina en el bien y en el mal, no dudamos que con Guillermo estamos compartiendo uno de los momentos más lúcidos y consecuentes de nuestro cine, patrimonio cultural que, ahora sí, con confianza y de una manera placiente, hemos empezado a consumir y a valorar, porque engrandece y reafirma nuestra manera de ser, y propicia nuestra autotrascendencia.

Enhorabuena, Guillermo Arriaga, por este triunfo que nos enorgullece a todos los mexicanos, y que *Babel* sea tan contundente, demoledor y exitoso como esos mundos a los que nos transportan tus imaginadas historias. LC